

CAPITULO III.

SUMARIO.

1. Importancia del estudio del primer siglo. — 2. Doctrina y enseñanza de la Iglesia. Carácter de autoridad. — 3. Carácter de sencillez. — 4. Milagros; confirmación de la doctrina. — 5. Tradición. — 6. Sagrada Escritura. Nuevo Testamento. — 7. Evangelio. — 8. Figuras de los cuatro Evangelistas. — 9. Actos de los Apóstoles. — 10. Epístolas de san Pablo. — 11. Epístolas de Santiago el menor, de san Pedro, de san Juan y de san Judas. — 12. Apocalipsis. — 13. Principales puntos de doctrina contenidos en el nuevo Testamento. — 14. Gobierno de la Iglesia. Autoridad de la Silla apostólica. — 15. Obispado. — 16. Sacerdocio. Diaconado. Órdenes religiosos. Celibato de los clérigos. Diaconisas. — 17. Disciplina. — 18. Culto. — 19. Conclusion.

1. El siglo primero presenta en gérmen el espectáculo de las instituciones que habían de irse desarrollando mas tarde en el seno de la Iglesia. A diferencia de las sociedades humanas, la Iglesia no tenia que esperar del tiempo ninguna perfección: su constitución, establecida por un Dios, ofrecia desde su origen los mismos elementos cuya riqueza y fecundidad ha hecho conocer la historia, mostrándola *á la obra* en el mundo. Así es que el estudio de este siglo es uno de los mas importantes, por cuanto se ve que todos los dogmas atacados por la herejía, así como todas las instituciones calumniadas por el error, encuentran una confirmación inequívoca y brillante en la enseñanza y tradiciones apostólicas. Para poner algún orden en este grave asunto, lo dividiremos en cuatro puntos capitales: doctrina y enseñanza de la Iglesia, su gobierno, su disciplina y su culto.

§ I. DOCTRINA Y ENSEÑANZA DE LA IGLESIA.

2. El primer carácter de la doctrina apostólica es la *autoridad enseñante*, de que forzosamente tenían que estar revestidos

testigos oculares, instruidos boca á boca por el Salvador mismo, y formando así ellos solos el lazo, el enlace entre la palabra divina y la fe de las edades venideras.

3. De este principio de autoridad nacia naturalmente el carácter de sencillez en su doctrina. La exponian á la faz del judaismo y de la filosofía pagana, sin esos recursos de elocuencia, sin esos artificios del humano lenguaje, pero con esa fuerza de convicción que llevan consigo los hechos conocidos, recientes é incontestables: porque no convendria atribuir esta sencillez divina exclusivamente al carácter de los Apóstoles, hombres sin letras; sino que dicha sencillez entraba en los designios de la Providencia, que queria proporcionar la doctrina del Evangelio á la inteligencia de los pequeños y flacos, por los cuales comenzó el cristianismo sus conquistas en el mundo. Por manera que no es leve ni ligera prueba de la divinidad de la Iglesia el ver cómo la sencillez de los Apóstoles, que debiera haber sido el primero y mayor obstáculo á sus progresos, ha sido muy al contrario la causa mas influyente de sus triunfos.

4. La enseñanza de los Apóstoles adquiria fuerza y energía sobrenatural por lo estupendo de los milagros que la acompañaban. Ya hemos visto como hasta la sola sombra de san Pedro curaba los enfermos, que su limosna era dar la salud á los achacosos, el oído á los sordos, la luz á los ciegos. Conforme al tenor de las palabras del Salvador, sus discípulos obraban mas milagros que él mismo. Así es que en el primer siglo de la Iglesia, la virtud de los milagros, cuyo estupendo privilegio ha conservado y conserva aun exclusivamente la Iglesia católica, se reproducia en infinitas personas y casos como medio de confirmar una doctrina tan maravillosa por sí misma, que ha podido muy bien decirse que el milagro mas increíble seria el que el universo se hubiese convertido á la fe sin milagros.

5. Esta doctrina se transmitia por enseñanza oral de los Apóstoles á los discípulos, porque Jesucristo no habia escrito, como Moisés, su legislación. La nueva alianza tenia que ser grabada en los corazones por caridad antes de ser escrita en libros. La tradición, por otra parte, tenia los mismos caracteres de auto-

ridad, de verdad y de revelacion divina que la sagrada Escritura. Suponer lo contrario seria negar á los Apóstoles una prerrogativa que han reconocido unánimemente todos los siglos cristianos : porque, en verdad, la Iglesia no hubiera sido posible, si la doctrina de los hombres escogidos por Dios para fundarla no hubiera presentado garantías de infalibilidad. Es pues un error capital el menospreciar la enseñanza tradicional y solo admitir la autoridad de la Escritura para resolver todas las cuestiones de dogma, moral, culto y disciplina. Muchedumbre de reglas especiales, de prescripciones relativas á la vida de los primeros cristianos, á las nacies instituciones, á las ceremonias exteriores que acompañaban á la celebracion de los sagrados misterios, á los ritos y usos para administrar los sacramentos, nada de esto, decimos, se hallaba escrito. Los Apóstoles, conforme á la palabra de su divino Maestro, recorrian el mundo, no componiendo tratados como los filósofos, ni disputando como los sofistas y retóricos, sino enseñando con autoridad. La gracia traia á sus piés almas subyugadas por una fuerza sobrenatural; y despues de haber expuesto los puntos principales de fe á los nuevos cristianos, los fieles eran bautizados, admitidos á la comunión del cuerpo y sangre de Cristo: y mas tarde la imposición de manos episcopales les conferia el sacramento de la confirmación, y en este el Espíritu Santo. Hecho esto, el Apóstol los dejaba para ir volando á otras conquistas.

6. Mas cuando los cristianos se fueron multiplicando, y se hubieron fundado iglesias, los Apóstoles, á pesar de la activa fecundidad de su celo, no bastaban á repartir de viva voz el pan de la divina palabra á la turba innumerable de discípulos. Pero andando el tiempo, acontecia que doctrinas peregrinas amenazaban alterar el depósito de la tradicion, y era necesario combatir las: los Judíos y Gentiles, igualmente enemigos de la fe cristiana, buscaban cómo socavar los fundamentos de ella, y era necesario refutarlos. Desde entonces se hizo indispensable fijar en un cuerpo de monumentos escritos la verdadera doctrina. El nuevo Testamento, palabra inspirada por el Espí-

ritu Santo á los escritores sagrados, infalible como el antiguo, salió sucesivamente de la pluma de los Apóstoles y Evangelistas.

7. Jamás se le ofrecieron á la humana expresion verdades mas sublimes que exponer, y la palabra divina pasando por boca de hombres no se revistió nunca de un carácter de sencillez mas marcado. El Evangelio no solo es un relato de acciones maravillosas de un Dios descendido á la tierra y morando entre los hombres; es además un código de leyes que ha regenerado al mundo, y fuera del cual no hay salvacion para el individuo, ni reposo para la sociedad; es una exposicion clara y concisa de dogmas religiosos, cuya elevacion habia sobrepujado la inteligencia de los mas famosos filósofos de la antigüedad; es un conjunto de preceptos morales tan perfecto, que es imposible concebir idea de una virtud mas eminente, y con todo de tal modo proporcionada á todas las necesidades del hombre, que dicha virtud ha llegado á hacerse popular entre los discípulos del Evangelio. Solo á este divino libro estaba reservado levantar hasta el heroismo de la santidad millares de vírgenes, de confesores, de mártires de toda condicion, edad y sexo, en todos los siglos, en todos los países del mundo. No se hallan, en verdad, en él esas formas ordinarias de los humanos razonamientos, ni ese método científico de los moralistas y oradores; pero cada palabra suya es una revelacion sorprendente de la divinidad. Se ve á cada página como se inclinan la autoridad mas elevada y la potencia mas misericordiosa hasta acomodarse á la mezquina inteligencia del hombre, hasta su corazón estrecho.

8. Los Padres de los primeros siglos, seguidos despues por todos los doctores, han comparado los cuatro Evangelistas á los cuatro seres inmóviles que en la vision de Ezequiel forman el carro de Dios.

El Hombre ha parecido emblema de san Mateo, que principia el relato por la genealogía humana de Cristo; *el Leon*, emblema de san Marcos, que comienza por « la voz que clama en » el desierto; » *el Buey*, animal de sacrificio, emblema de san

Lucas, que principia por el sacrificio de Zacarias; y en fin, *el Águila*, cuyo vuelo es sublime y cuya vista penetrantísima, es el emblema de san Juan, cuyo atrevido vuelo se remonta mas allá de las criaturas, y cuya vista penetra impertérrita hasta en el mismo seno de la divinidad.

9. Los Actos de los Apóstoles fueron escritos en Roma por san Lucas dos años despues de haber establecido san Pedro su silla en esta capital y héchola así centro de la catolicidad. Contienen la historia de los primeros años de la Iglesia, la relacion de los viajes y trabajos de los Apóstoles, y en particular de san Pablo, cuyo compañero habia sido san Lucas por algun tiempo: solo alcanzan hasta la llegada de san Pablo á Roma, en donde habia de ser juzgado en virtud de su apelacion al César.

10. Las catorce epístolas de san Pablo dirigidas á las diferentes cristiandades de Roma, Jerusalem, Asia y Acaya, se hallan á la seguida de los Actos de los Apóstoles, en el catálogo de los libros canónicos formado por la Iglesia, no por indicar una supremacia de hecho ó de derecho sobre san Pedro, cuyas epístolas solo están en tercer rango, sino á causa de su número, de su excelencia y de la importancia de los asuntos de que tratan. Su sublimidad debia de confundir á toda elocuencia, á toda razon humana. Estaban dirigidas á muchos neófitos recientemente convertidos de las tinieblas del paganismo á la luz admirable de la fe y destinadas á servir de alimento espiritual de los aun niños, de leche de doctrina que se habia de dar á flacos y pequeños: lo que no ha impedido el que los mayores ingenios, desde san Juan Crisóstomo hasta Bossuet, hayan encontrado en la teología de san Pablo una fuente inagotable de fecundas inspiraciones y de lecciones sublimes.

11. Ya hemos hablado de la epístola de Santiago á toda la catolicidad. Sigue inmediatamente á las de san Pablo en el órden de los libros canónicos del nuevo Testamento. Este monumento del celo y caridad del santo obispo de Jerusalem es tanto mas precioso, quanto que solo entre los libros inspirados hace mencion expresa del sacramento de la Extremauncion

(cap. v, 14); pasaje que la tradicion católica ha interpretado siempre en este sentido. Por otra parte, los herejes se han esforzado en alterar el texto tan claro y positivo del Apóstol, y aun muchos lo han suprimido: así es que no se encuentra en ninguna de las Biblias publicadas por las sociedades de propaganda protestante. Las dos epístolas de san Pedro, tres de san Juan y la católica de san Judas completan la serie de cartas escritas por los Apóstoles á las iglesias que habian evangelizado. Recibidas con el respeto debido á la palabra de Dios mismo; leídas en las asambleas de los santos antes de la celebracion de los sagrados misterios; conservadas por los obispos ó sacerdotes que presidian á la reunion de los fieles; comunicadas á las cristiandades diferentes, se fueron transmitiendo como un depósito sagrado. Se habian pronunciado penas muy severas contra los que alterasen el texto ó desnaturalizasen su sentido: así es que los primeros cristianos, por su extremada y cautelosa solicitud, han garantido á todas luces la integridad y pureza de esos santos escritos. La vigilancia con que condenaban toda interpretacion privada confirma la certidumbre de la tradicion que nos ha conservado, por conducto de los Padres y doctores, en la Iglesia católica el verdadero espíritu y la sana inteligencia de dichas epístolas.

12. Finalmente, el Apocalipsis de san Juan cierra la lista de las sagradas Escrituras. Con esa vista de águila, que atravesando la historia del porvenir penetra hasta las puertas de la eternidad, se halla completado el conjunto de los Libros sagrados de un modo maravilloso. En el antiguo Testamento, cuatro mil años de esperanza forman esa inmensa avenida que va conduciéndonos hasta Cristo: en el Apocalipsis el mundo va continuando desde Jesucristo redentor hasta Jesucristo juez supremo, gloria de los escogidos y terror de los réprobos: no habrá punto de parada entre estos dos advenimientos, porque no ha de haber dos redenciones. El designio del Apocalipsis es, en general, descubrirnos la grande obra de Dios, cuya justicia ejerce terribles castigos sobre los enemigos de su Iglesia, y la hace triunfar no solamente en el cielo, en

donde prepara gloria inmortal á sus mártires, sino aun en la tierra, en donde la establece con todo el brillo que le tenia prometido por los Profetas. Hay dos maneras de explicar este misterioso libro: la una general, cuyo plan ha trazado san Agustin en su inmortal libro de la Ciudad de Dios. Esta explicacion consiste en considerar en la historia dos imperios, mezclados cuanto á los cuerpos, pero separados y opuestos cuanto al espíritu: el uno, el imperio de Babilonia, que significa confusion y guerra; el otro el de Jerusalem, que significa la paz: el uno es este mundo, el otro la Iglesia, mas la Iglesia considerada en su mas elevada condicion, esto es, en los santos, en los escogidos. El reino de Satanás allí, y aquí el de Jesús: allí, el reino de la impiedad y del orgullo; aquí la verdad, la religion: allá, el gozo que ha de mudarse en lamento eterno; acá los padecimientos que han de dar por fruto consuelo eterno. Veráse el mundo vencido en todos encuentros, y Jesús triunfante; y con esta brújula se encontrará la justa interpretacion de esta divina profecía. Podremos estar seguros de que siguiendo la regla de san Agustin habremos hallado en cierto modo la intencion del Espíritu Santo, pues que habiendo previsto este divino Espíritu desde la eternidad todos los sentidos que puedan atribuirse á la Escritura, ha aprobado siempre los que sean buenos y muevan á edificacion de los hijos de Dios (BOSSUET, *Explicacion del Apocal.*).

El segundo modo de explicar el Apocalipsis es por manera de historia, y consiste en la aplicacion de los símbolos descritos por san Juan á los particulares acontecimientos. « Este libro, dice san Dionisio de Alejandría, encierra una inteligencia admirable, pero recóndita, de lo que sucede cada dia. » Exceptuando algunos rasgos mas notables, cuyo sentido verdadero nos ha legado la constante tradicion de la antigüedad cristiana, tales como la aplicacion á Roma de los caracteres atribuidos por san Juan á Babilonia, el resto de esta vision se pliega á los mas variados sistemas de interpretacion. La Iglesia no se ha pronunciado acerca de esto sino cuando ha visto atacarse la ortodoxia; por manera que en vista de tantos

y tan eruditos comentarios como se han publicado, conserva aun toda su fuerza la profunda expresion de san Jerónimo « que el Apocalipsis ofrece tantos misterios como tiene palmas. »

13. Fueron recibidos estos monumentos de los siglos apostólicos desde su origen con el respeto debido á la palabra de Dios: se les halla citados en el *Pastor de Hermas*, en las *Epístolas de san Clemente*, y en la carta á *Diognete*. Los herejes por su lado trataron de alterar estos textos sagrados, ó de hacer adoptar bajo el nombre de los Apóstoles evangelios apócrifos, tales como el *Evangelio de la Infancia*, el *Protoevangelio* atribuido á Santiago, etc.; pero sus conatos para corromper la doctrina apostólica en su fuente no han logrado sino hacer mas importante la conservacion de los libros del nuevo Testamento, tales como los reconocia la Iglesia, puros de toda corruptela.— Los libros sagrados y los escritos de los Padres apostólicos que poseemos, no forman un conjunto en el que estén expuestos los dogmas cristianos de un modo didáctico; encierran mas bien la historia y la moral. La ley del secreto, guardada inviolablemente á la faz del paganismo ó del judaismo, explica suficientemente la reserva de los autores eclesiásticos. El protestantismo ha querido sacar de su silencio conclusiones hostiles á todos los puntos dogmáticos ó disciplinales que no se hallen explicitamente consignados en estos testimonios; cuyo argumento se apoya en un error histórico muy capital. El protestantismo ha querido proceder como si el establecimiento de la religion se hubiera hecho en el primer siglo por la enseñanza escrita; cuando lo contrario es lo verdadero. El método oral ó la tradicion de la verdad por la palabra, de viva voz y sin mediadores; hé aquí el carácter que resalta en la enseñanza apostólica. Tal es el origen sagrado de esta tradicion, que principiando en el Salvador va prosiguiendo su carrera al través de las persecuciones y herejías, siempre inmutable y respetada. La tradicion completa la enseñanza escrita, y el texto sagrado confirma la tradicion; pero no es posible separar una de otra; no es dable socavar los fundamentos de una de estas

dos columnas sin hacer que se desmorone el edificio todo. « Cuando oímos á los santos Padres del siglo undécimo pro- » clamar desde luego como artículo fundamental y preliminar » la existencia de la tradicion oral, de esta transmision secreta » de la doctrina; cuando se les oye sentar como regla de fe » esta tradicion en la institucion de las iglesias; cuando vemos » á los santos Padres subsecuentes, hasta su completa manifes- » tacion, complacerse en reconocer esa existencia y autoridad » suprema, y apelando en último resorte á esta tradicion, á la » enseñanza comun, á los escritos de los Padres anteriores, no » se concibe cómo haya osado negarla aun la mala fe misma » (BLANC, *Curso de historia ecles.* (passim). — Si deseamos en vista de esto examinar en detalle los puntos particulares del dogma, consignados acá y acullá en los pasajes diversos de los escritores sagrados y autores apostólicos, hallaremos en ellos casi todo el conjunto de la teología católica: 1°. La razon de la existencia, la raíz del cristianismo, en la historia del pueblo hebreo que no ha sido sino la promesa continua y perenne, la profecía, la figura del cristianismo; y por consiguiente hallaremos el misterio de la Redencion apoyado en el dogma del pecado original, y el Adán nuevo del Testamento de amor rehabilitando al Adán primero de la ley de terror; 2°. la separacion, la distincion bien precisa y marcada entre la ley de Cristo y la de Moisés; la extension del reino de Dios á todos los pueblos, la difusion de la verdad, hasta entonces limitada á una nacion privilegiada; á todas las del mundo; el Decálogo ó ley moral de los Judíos hecho código del universo, en tanto que las ceremonias, ritos particulares y observancias legales de Moisés han perdido ya su fuerza legal; 3°. proclamada y reconocida la inspiracion divina de las Escrituras; 4°. puesta en ejercicio la jerarquía eclesiástica, representada en sus órdenes principales; san Pedro tomando el primero y llevando la palabra en el concilio de Jerusalem, los obispos puestos por los Apóstoles al frente de las nuevas cristiandades, los presbíteros y los diáconos; 5°. los tres misterios fundamentales del dogma católico: la Trinidad, la Encarnacion, la divinidad de Jesu-

cristo y su humanidad: la Redencion ó satisfaccion de Cristo y su gracia, que es el fruto de la Redencion; 6°. los sacramentos, canales de la gracia, fuente de vida y regeneracion espiritual; 7°. la moral, cuyas nociones son las mismas que hoy; pues que podemos tomar de los Padres apostólicos y de los escritores de su siglo sus expresiones mismas para exhortar á las buenas obras, á la penitencia, al ayuno, al retiro, á la oracion. — Esta doctrina, como es de ver, es el origen de la Iglesia tal como se conservará hasta el fin de los siglos. La necesidad continua de polémicas contra las herejías y errores la irán desarrollando sucesivamente para cada punto en particular de la doctrina; pero los Papas y los concilios, al definir cada dogma, no harán sino apoyarse en la tradicion venida directamente de los Apóstoles.

§ II. GOBIERNO DE LA IGLESIA.

14. La integridad de la doctrina y del depósito de las tradiciones tenia que estar garantizada por una forma de gobierno regular. El primer siglo de la Iglesia, siglo de apostolado durante el cual los primeros ministros del Evangelio se dispersaban por todas las comarcas del mundo para predicarles el nombre de Cristo, no podía presentar bajo el punto de vista jerárquico sino elementos que debian de constituirse mas adelante de un modo definitivo, así que el mundo fuese ya cristiano. Pero estos elementos bastan para asentar los principios actualmente en vigor en el gobierno de la Iglesia. — La primacía de san Pedro, cabeza de los Apóstoles, resulta claramente de los hechos mismos: porque él es quien preside en la eleccion de Matías, él es quien el primero predica á los Judíos, él es á quien san Pablo fué á ver y á *estudiar*, como dice Bossuet; él es quien preside en el concilio de Jerusalem y quien promulga su decision; él es quien proclama el misterio de la vocacion de los Gentiles, escándalo para el judaismo; él es quien funda en Antioquía esta villa patriarcal, la primera en el Oriente por haberla regido san Pedro; él es quien vino á